

DESCARTES Y EL PENSAMIENTO MODERNO *

Por MARIO ALZAMORA VALDEZ

Profesor de la Universidad Católica del Perú

Sin duda alguna la filosofía de Descartes marca el punto de partida de la ideología moderna en todo lo que ésta nos ofrece de contradictorio y de absurdo. "La reforma cartesiana, ha escrito Maritain, en una obra por demás conocida, no está solamente en el origen del torrente de ilusiones y de fábulas que las pretendidas claridades inmediatas han lanzado sobre nosotros desde hace dos siglos y medio, sino que es responsable, en su mayor parte, de la inmensa futilidad del mundo moderno..." (1).

Juzgar a Descartes como reformador, como padre de las corrientes antagónicas idealismo y materialismo, que han desgarrado la unidad del pensamiento de occidente, como antecesor inmediato de Kant, como encrucijada de los sistemas modernos, según el acertado calificativo de Gabriel Marcel, no obedece a caprichos de ideologías en boga ni menos a prurito o moda de denigrar, sino que es una apreciación —como lo expresé en la conferencia que ha motivado el comentario de la señora Gallagher de Parks en esta Revista— de quien busca la solidaridad del presente con el pasado en el orden intelectual, no a la luz de ideologías pasajeras sino de las verdades permanentes del tomismo.

Las obras de Descartes, dicho sea de paso, han prestado temas a los pensadores modernos para trabajos interesantes y profundos.

(*).—Véase N^o 6-7 de esta Revista correspondiente a setiembre-octubre de 1941, el artículo de la señora Mercedes G. de Parks: *En defensa del maestro Descartes*, al cual el presente trata de dar una respuesta cordial.

(1).—J. Maritain: *Tres Reformadores*.—Ed. Castellana Studium. Santiago, 1938.

Si no allí están el libro de Hamelin *El sistema de Descartes* (2), las *Meditaciones Cartesianas* de Husserl (3), el estudio de Jolivet sobre *Le thomisme et la critique de la connaissance* (4), entre otros muchos, para citar sólo a los de más alta calidad, que demuestran que nuestro tiempo ha apreciado los múltiples matices de la ideología del autor del *Discurso*.

Me parece una afirmación inaceptable decir que la duda metódica "en lugar de ser fundamento del excepticismo es la base más firme de la creencia profunda".

El Cardenal Mercier nota muy bien que el tránsito de la duda cartesiana a la certeza es ilógico y que esta duda que al principio es puramente especulativa se convierte en duda universal y real por las razones de alcance tan general que aduce el filósofo para justificarla. "Quien dudó de todos los actos de conciencia, agrega el célebre tomista (5), por las mismas razones ha de poder recusar su testimonio cuando le atestigüe su existencia en la realidad misma de su duda. Para ser lógico, Descartes debía decir: me parece que dudo, es posible que exista pero puedo engañarme". Poner en tela de juicio la naturaleza misma del hombre, fuente de todas sus facultades, nos lleva lógicamente a dudar de todos los actos y parcializa la intervención del famoso "genio maligno" citado para afianzar la tesis.

Para ser gráfico: se hunde debajo de nosotros el terreno de la duda y no presta ningún punto de apoyo. ¿Acaso no se hallan fuera de duda los primeros principios y las primeras verdades del orden ideal? Esta duda metódica que se convierte en duda universal es ilusoria. Todo juicio por simple que sea supone certeza: de nuestra propia existencia personal, de nuestra aptitud para conocer, del principio de contradicción, que marcan el punto de partida de todo filosofar. En otros términos: la dualidad indiscutible del objeto que se enfrenta al sujeto, como nota el P. Tonquedec, al precisar la diferencia entre la gnoseología aristotélico medioeval y la gnoseología moderna.

Descartes, como él mismo lo ha aclarado, no pretendió derivar

(2).—O. Hamelin: *El sistema de Descartes*.—Paris, Alcan, 1911.

(3).—E. Husserl: *Meditations cartésiennes. Introducción a la Phénoménologie*.—Paris, Colin, 1931.

(4).—Ed Paris, Desclée de Brouwer, 1933.

(5).—Card. Mercier: *Tratado de Filosofía*, tomo 1, pág. 397.

del pensamiento la existencia. Por eso, la raíz de su idealismo no se encuentra en el "pienso luego existo". El término "luego" da a la frase la falsa apariencia de un silogismo (6) ya que con esa sentencia sólo buscó expresar "me pienso como existente".

El idealismo crítico surge no del contenido de la doctrina sino de la toma de posición, de esa actitud cartesiana que hace de los fenómenos de conciencia objeto único de la investigación filosófica y el resto, si es que algo queda, no es concebido o dado sino a través de ese primer objeto (7).

Esta posición es clara exigencia del método matemático que va del pensamiento a las cosas y que no sólo engendra sino que constituye el propio idealismo en su forma más pura (8). "Juzgaba, escribe Descartes en la Cuarta parte del *Discurso*, que podía tomar como regla general que las cosas que concebimos clara y distintamente son verdaderas..." Esto significa en términos sencillos que el método matemático queda convertido en método metafísico, y que la certeza se limita al dominio de una sola clase de ciencias, las disciplinas abstractas.

Muy diferente, completamente opuesta, es la actitud tomista. Su punto de apoyo no es el sujeto sino la intuición del objeto. "Partiendo del objeto, dice Santo Tomás con su claridad habitual, el hombre conoce su operación gracias a la cual llega el conocimiento de sí mismo" (9). La verdad, el criterio de evidencia, no están dados por la claridad de las notas del objeto: tienen otro fundamento distinto, requieren una igualdad: la presencia en el sujeto de las determinaciones expresadas por el predicado.

Hay otro camino que condujo a los continuadores de Descartes al idealismo, y por tanto a su opuesto el materialismo.

Me refiero a la noción cartesiana de sustancia. Espíritu y materia, pensamiento y extensión, concebidos como inconciliables, que hacían exclamar a la Princesa Isabel, la inteligente corresponsal del filósofo, que más fácil es comprender al alma como materia, que explicar su acción sobre la glándula pineal.

(6).—Véanse los extractos de las cartas de Descartes en la edición castellana de sus *Obras completas*.—Paris, Garnier Hnos., pág. 386.

(7).—Collin: *Philosophie Thomiste*.—Tomo II, pág. 35.—Paris, Tequi, 1932.

(8).—Jolivet, ob. cit.

(9).—Sertillanges: *Saint Thomas*, tomo II, pág. 110.

De aquí la necesidad imperiosa de sobrepasar esta dificultad surgida en los continuadores de Descartes, suprimiendo la materia o prescindiendo del espíritu. Este improbable esfuerzo nacido de aquella concepción de sustancia, que se aparta tanto de la Escolástica, marca la tragedia del llamado pensamiento moderno derivada de una filosofía que ni por su punto de partida ni por su concepción metafísica puede "agregar una firme base a la fé religiosa de un católico", como lo afirma la señora Parks, a no ser que con esta expresión se designe en sentido figurado que los tremendos errores del sistema despiertan en un espíritu creyente tal reacción que brillan con más claridad los principios del tomismo que es la filosofía del sentido común, pero que no es ni mucho menos "la única que no es meramente humana" ni "se apoya tampoco en la verdad divina". No. Nadie mejor que Santo Tomás ha tenido conciencia del sentido histórico de su filosofía, la misma que es un gran esfuerzo de la inteligencia que sirve de fundamento a la fé. Su verdad no depende de ningún principio extrínseco, fluye de ella misma porque es la que más se acomoda a la estructura del mundo y a las necesidades del intelecto. Maritain denomina pecado de "angelismo" a la falta capital de Descartes (10) que consiste en concebir el conocimiento humano como innato, intuitivo, e independiente de las cosas, semejante al conocimiento de los ángeles.

Las ideas, según Descartes, vienen de Dios, existen por sí solas en la inteligencia sin necesidad del cuerpo, sin el apoyo de los sentidos, son capaces de toda su perfección operativa y, por eso, cuando son claras, transparentemente, se ofrecen con toda evidencia. El entendimiento humano cuando aprehende, juzga y razona, no realiza tres operaciones completamente distintas en las que se basa la dignidad de la más alta función mental. No tiene sino una sola actividad: ver. A esto llama Descartes *intuición*, *intuitus* (11), de la que deriva la deducción, operación de razonar combinando intuiciones. El juicio no pertenece al entendimiento sino a la voluntad, es una decisión de ésta que viene a asentir o consentir. z

Con esto desaparecen los verdaderos límites entre las más elevadas operaciones mentales y surge otra concepción. Se desconoce el valor del silogismo, su verdadera y propia función. La intelligen-

(10).—Maritain, ob. cit., pág. 78.

(11).—Maritain, ob. cit., pág. 82.

cia queda separada de los sentidos y las ideas innatas o se confunden con la naturaleza pensante ya que constituyen una aptitud esencial de la mente o, para seguir la misma lógica del sistema, difieren del alma como las figuras de la extensión.

La tesis de las ideas innatas conduce al desprecio del cuerpo y a esa original explicación cartesiana sobre la vida psíquica del animal; la lógica de las ideas claras —como notó el gran Bossuet— nos aproxima al subjetivismo; la intuición, esa visión plena, como virtualidad primaria del conocimiento elimina por innecesarias las verdaderas operaciones intelectuales, y el mundo del pensamiento concebido como independiente de las cosas, implica una tesis completamente idealista. En una palabra el conocimiento humano igual al de esos espíritus superiores que son los ángeles fué la imagen que nos dejó el reformador Descartes.

Es difícil —por no decir imposible— conciliar el pensamiento cartesiano con el pensamiento católico, y expresar que su filosofía agrega una firme base filosófica a nuestra fé religiosa implica por lo menos abuso de los términos.

Reconocemos el gran valor del pensamiento cartesiano, pero ese valor no radica ni en la duda metódica, ni en la concepción de la sustancia ni en la doctrina sobre las ideas. Está más bien en la actitud, más claro: en el método mismo, en la dirección que trazó.

Mario ALZAMORA VALDEZ